



Capítulo 567: Se acerca un gran acontecimiento

La mañana de Las Vegas amaneció dorada, filtrándose a través de las pesadas cortinas de la suite presidencial. Los rayos del sol corrían a través del cristal panorámico, iluminando las láminas despeinadas que aún retenían el calor de la noche anterior.

Virgilio abrió los ojos lentamente, respirando tranquilo, como un depredador que despierta después de una cacería. El techo espejado reflejaba fragmentos de lo que había sido una batalla de cuerpos y gemidos. No necesitaba moverse para saber dónde estaba: todavía podía sentir el peso y el calor de las dos mujeres presionados contra su cuerpo.

A su derecha, Alexa dormía profundamente, su pecho subía y bajaba a un ritmo lento, salvaje incluso en su descanso. Su cabello castaño se extendía sobre su pecho y un brazo posesivo rodeaba su cintura. Su boca aún presentaba rastros de marcas rojas, pequeños cortes donde se habían mezclado los dientes y el deseo.

A su izquierda, Kaguya descansaba con una serenidad que contrastaba con la noche anterior. Su piel pálida brillaba a la luz del sol, como si reflejara la luna misma, incluso en mitad de la mañana. Su cabeza descansaba sobre el hombro de Virgilio y su pierna, levantada sobre la de él, parecía sellar silenciosamente su posesión.

Ambos desnudos.

Ambos marcados.





Ambos todavía lo rodeaban como si, incluso inconscientemente, se negaran a soltarlo.

Vergil respiró profundamente y dejó escapar una sonrisa perezosa. Todo su cuerpo todavía vibraba con los ecos de la noche —cada beso peleado, cada rasguño clavado en su piel, cada gemido susurrado como un arma.

Levantó la mano lentamente, primero deslizando los dedos a través del cabello plateado de Kaguya y luego por la cadera firme de Alexa. Dos reinas, dos depredadores... y ambas se inclinaron ante el mismo hombre.

"Ustedes dos realmente saben cómo luchar por un premio..." murmuró en voz baja, su voz profunda resonó por la mañana.

Alexa se movió, murmurando somnolienta. Sus labios se separaron, rozando su pecho, y se escapó un susurro ronco:

"Mi..."

Vergil se rió suavemente, un sonido cargado de ironía y triunfo.

"Tan posesiva incluso mientras duerme..."

Kaguya, sin abrir los ojos, simplemente movió delicadamente sus dedos sobre su abdomen, como si marcara su territorio. El gesto fue frío, calculado, pero también íntimo.

Virgilio cerró los ojos por un momento, absorbiendo el contraste: por un lado, el fuego indomable de Alexa; por el otro, la luna silenciosa y letal de Kaguya. Y él, en el centro, rey absoluto de ambos.





Lentamente, se empujó ligeramente hacia arriba, apoyándose en los codos, y miró por la ventana el horizonte de Las Vegas. La ciudad todavía palpitaba, incluso por la mañana, como si la noche nunca hubiera terminado.

"Otro día en el paraíso..." susurró, su sonrisa crecía.

Con un movimiento firme, los acercó a ambos, presionando sus cuerpos contra los suyos. Se movieron mientras dormían, pero no lo soltaron, como si instintivamente supieran que pertenecer a Virgilio no era sólo deseo—era destino.

Apoyó la cabeza contra la almohada y volvió a reír suavemente.

"Creo que me acostumbraré a esto."

El pesado silencio matutino fue roto por una vibración insistente.

Su teléfono celular, tendido en la mesita de noche entre copas de vino medio vacías y unas esposas caídas, parpadeó con la pantalla iluminada.

Vergil suspiró profundamente y abrió un ojo con aburrimiento. Alexa se movió, todavía aferrándose a él como un lobo posesivo, murmurando suavemente. Kaguya mantuvo los ojos cerrados, pero sus dedos se deslizaron perezosamente por su abdomen, como si marcaran su territorio incluso mientras dormía.

"Hm... siempre saben cuándo equivocarse," murmuró Vergil, con voz profunda y perezosa, buscando su teléfono celular.





El nombre apareció en la pantalla: PAIMON.

Él respondió sin prisas, llevándose el teléfono a la oreja.

"...¡Vergil!" La voz femenina sonaba como un trueno, llena de furia y desesperación. "¿Dónde diablos has estado? ¡¿Sabes cuánto tiempo llevamos intentando encontrarte, gran bastardo?!" Paimon gritó.

Virgilio cerró los ojos y dejó escapar un ronroneo satisfecho.

"Buenos días a ti también, Paimon." Su voz era arrastrada, rebosante de sarcasmo y lujosa pereza. "Si realmente quieres saberlo... Estoy acostada en una cama tamaño king en un hotel de cinco estrellas en Las Vegas, con dos mujeres desnudas durmiendo encima de mí... después de toda una noche de sexo sin restricciones."

El silencio que siguió fue casi cómico. Incluso Alexa gruñó en su pecho, como si lo hubiera oído, pero aún así quedó atrapada en el sueño.

Al otro lado de la línea, Paimon tardó unos segundos en responder. Su respiración era pesada, como si la hubieran tomado por sorpresa.

"...Tú... no tenías que darme esos detalles repugnantes, bastardo." Su voz volvió con fuerza, pero había un ligero temblor de vergüenza detrás de ella.

Virgilio sonrió, abriendo lentamente los ojos y mirando al techo.

"Fuiste tú quien quiso saber dónde estaba. Sólo estaba siendo específico. ¿Estás celoso? La próxima vez te traeré."





Casi podía ver su expresión, su mirada y sus dientes apretados.

"¡Quería una ubicación, no un reportaje pornográfico!" Paimon gruñó, su ira vibraba a través del altavoz. "¡Sal de aquí! Hay una reunión aquí, y si no estás aquí dentro de una hora, estás muerto."

Vergil soltó una risa baja, haciendo que Alexa se moviera y Kaguya frunciera los labios, sin abrir los ojos.

"No te preocupes, cariño." Su voz era pura provocación, casi un susurro de placer. "Estaré allí pronto."

Levantó ligeramente su teléfono, alejándolo de su oreja al oír su tono, y suspiró, como un niño regañado por una niñera histérica.

"Te preocupas demasiado, Paimon." Sus ojos se dirigieron hacia las dos mujeres que dormían encima de él y apareció una sonrisa perezosa.



Vergil dejó caer su teléfono en la mesita de noche, sin siquiera molestarse en ver si la llamada había terminado. El teléfono cayó entre las gafas y las esposas, como si el caos de la noche rechazara cualquier llamada externa.

Respiró profundamente, saboreando la calma antes de la tormenta. Pero no duró mucho.

Alexa fue la primera en mudarse. El brazo que lo rodeaba se deslizaba alrededor de su cintura, sus dedos arañaban ligeramente su piel ante sus ojos dorados, todavía medio cerrados por el sueño, revoloteaban abiertos. Levantó la cabeza lentamente, su cabello castaño enredado cubría parte de su rostro, y lo arregló con esa mirada salvaje, de alguien que no necesitaba palabras para reclamar territorio.



"Um... ¿estabas hablando con otra mujer?" Su voz era ronca, cargada de somnolencia, pero los matices celosos eran nítidos.

Virgilio levantó una ceja y sonrió perezosamente.

"Buenos días, Alexa. ¿Dormiste bien?" Desvió deliberadamente la respuesta, el tono malicioso goteaba como veneno.

Ella entrecerró los ojos, gruñó suavemente y se apoyó en su pecho para deslizar su cuerpo hacia arriba, hasta que sus labios estuvieron peligrosamente cerca de los de él.

"Si descubro que te estabas burlando de otra persona, haré que se arrepienta de haber nacido." Alexa le mordió el labio inferior, no suavemente, sino como un lobo probando la carne de su presa.



Virgilio sólo se rió suavemente.

Antes de que pudiera responder, Kaguya se movió a su lado, con los ojos rojos como brasas brillantes. A diferencia de la furia abierta de Alexa, su primera reacción fue levantarse lentamente, con una elegancia casi cruel, apoyando la cabeza en la mano y observándolas a ambas como una reina aburrida frente a las rabietas de un sujeto.

"Tsk," suspiró, su voz suave pero helada. "¿Ladrando tan temprano, pequeño lobo? Qué poco elegante."

Alexa se volvió hacia ella y sus ojos parpadearon.



"Es mejor ser directo que fingir que no te importa. He visto la forma en que te aferras a él cuando crees que nadie te está mirando."

Kaguya sonrió, deslizando su mano pálida por el pecho de Vergil hasta que descansó sobre su corazón.

"No necesito fingir. Él ya es mío. Incluso mientras duerme, me pertenece." Ella se inclinó y le besó el hombro suavemente, un marcado contraste con la ferocidad de Alexa.

El aire parecía volverse más pesado. Vergil respiró profundamente, sus ojos azules brillaban con ese brillo peligroso. A él le gustó. Le gustaba el fuego, el hielo, la contención, la tensión que sólo los hacía a ambos más deliciosamente insoportables.

"Chicas, chicas..." murmuró, su voz profunda vibraba como seda rasgada. "¿Apenas te despertaste y ya quieres convertir mi habitación nuevamente en un campo de batalla?"



La sala era enorme, construida en obsidiana negra y acero, donde las llamas azules de las antorchas no iluminaban, sino que distorsionaban las sombras de las paredes. La mesa redonda, inscrita con antiguas runas y cicatrices de guerra, parecía latir con una energía apenas contenida.

Allí se reunieron no sólo demonios, sino fuerzas que hicieron temblar el infierno mismo.

Amón, con los brazos cruzados y los ojos dorados como brasas furiosas, parecía a punto de destruir la mesa misma. Su voz, al resonar, hizo parpadear las llamas.



"Esto es una afrenta", escupió, cada palabra llena de rabia. "Un juego inventado por dioses que no saben entretenerse, colocándonos como piezas en un tablero. No toleraré esto."

Paimon, en el lado opuesto, se frotó las sienes con exasperación. Su largo cabello negro le caía hasta los hombros y sus ojos azules brillaban de frustración.

"Siempre dices que no tolerarás nada, Amón. Pero al final todos estamos aquí porque Odín ya lo ha declarado." Suspiró y golpeó la mesa con el puño. — Y sí, todavía quiero matar a Vergil por estar desaparecido en este momento.

Zafiro simplemente... "Cállate. Es solo un torneo. Ya lo hemos hecho antes y fuimos campeones."

Amón la mira y suspira, "Sí, por supuesto."

"No me gusta, pero... antes podíamos poner gente fuerte, pero ahora..." murmuró Stella.

"Estúpida regla de hasta cien años de antigüedad", dijo Rafaeline.

"De hecho, la mayoría del clan de héroes, aquellos ayudados por los dioses, ni siquiera llegaron a los sesenta. Esto parece una trampa", murmuró Cabernet.

Sepphirothy los mira sin emociones... "¿Eres estúpido?"

Todos. La miraron.





"Katharina, Ada, Roxanne e incluso Runeas. Y por supuesto, esa chica del Clan Leviatán. Y por supuesto, lo más obvio... Virgilio." Dijo Sepphirothy, mirándolos. "Vergil ya tiene el poder del Caballero de la Muerte, lo que por sí solo lo hace más fuerte que todos los Héroes que participarían. El problema es el número de espacios por facción."

Zafiro estuvo de acuerdo, "Dos espacios por facción. Los dioses deben querer utilizar un Héroe y un Apóstol propios... que sean dos usuarios del poder divino. Contra los demonios estamos en desventaja."

"Ah... qué fastidio", murmuró Stella.

"Bueno, esperemos a que llegue el Quinto Rey Demonio y podremos discutirlo más a fondo", dijo Paimon.

